

(Conclusion de Juan de Padilla).

## II.

Los últimos rayos del sol reflejaban en las solitarias almenas del castillo habitado por el conde de Tendilla, cuando su hija, saliendo con sigilo de su aposento, desciende por una escalera secreta, cruza varias galerías, y llega á la capilla donde reposan las cenizas de sus mayores. Un elegante manto de brocado oculta entre pliegues numerosos las gracias de su talle encantador; sus cabellos rizados con sencillez, y sujetos por un hilo de perlas, hondean voluptuosamente en derredor de un seno de alabastro tiernamente agitado por las dulces impresiones del primer amor: en sus ojos de azavache brilla todo el fuego de la inocencia, y sus labios de rosa, animados con una sonrisa virginal, se habren únicamente para respirar los placeres. A los diez y siete años amaba con pasión, y en su delirio gozaba de todas las ilusiones y sueños de felicidad que una imaginación ardiente puede crearse al percibir tan gratas emociones. Sin embargo, se nota en su semblante alguna cosa de extraordinario; sus mejillas estan bañadas de palidez, sus párpados humedecidos, y su paso es vacilante: en entrando cierra tras sí la puerta de hierro que dá paso al panteon, y que al girar sobre los goznes cubiertos de orin retumba con estrépito, llenando de pavor el corazón de la tímida doncella, que se juzga separada para siempre del resto de los mortales. Postrada á los pies de un crucifijo permanece largo rato en oración, y recorriendo con rápida ojeada los objetos que la rodean, lanza un agudo gemido: en el centro se eleva un magnífico cenotáfio, que contiene en su seno los restos de cien generaciones; sobre la lápida campean las armas de los Tendillas, y de la bóveda pende una lámpara de plata. Aquella morada, que solo se abriera para depositar en ella las yertas cenizas de algun individuo de la familia, sirve de asilo á una jóven temeraria, que siguiendo los impulsos de su corazón agitado



por el huracan de las pasiones, burla la vigilancia paterna y se arroja en los brazos de un amante. ¡Infeliz! ¡no te estremeces al contemplar las tremendas inscripciones de esas lápidas!.... ¡no temes ver ante tus ojos las sombras de tus mayores maldiciendo tu existencia!..... detente, no te precipites á ese abismo horroroso, que en vano quieren salvar tus débiles fuerzas; disipa esas ilusiones engañosas, esos fantasmas de felicidad, bajo cuya maligna influencia perecerá tu virtud como la rosa abierta en la mañana perece á los rayos ardorosos del sol de mediodia: considera que al despertar de ese sueño delicioso tus gracias estarán ajadas, hollada tu inocencia, y ¡entonces! tu frente marcada con el sello de la ignominia te hará objeto de la execracion general, arrastrarás una vida llena de oprobio y de amargura, y no habrá un amigo que vierta lágrimas de dolor sobre la fria losa de tu sepulcro. Un ligero ruido que se percibió en lo interior de la capilla sacó de su arrobamiento á la hija del conde, haciendo palpar su corazon con violencia: quiere levantarse, pero en vano; una mano invisible parece detenerla á los pies del altar: las negras colgaduras que cubren las paredes se conmueven, y un hombre rebozado aparece en el fondo; la opaca luz de la lámpara hiere sobre su frente altiva, su mirada es sombría, su actitud misteriosa: un gorro de terciopelo, adornado de plumas blancas, ciñe sus cabellos, que descenden rizados sobre su espalda; el oro de que está bordado su trage, y las piedras que brillan en el puño de su daga, descubren en él una persona de clase muy elevada. — ¡Aun no ha llegado! esclama con agitacion; pero no, ella cumplirá su promesa; alguna ocupacion imprevista la impide sin duda dirigirse á este punto. ¡Cuán feliz soy! En medio de los continuos sobresaltos que me rodean su amor viene á dulcificar mi existencia y á colmar de felicidad mi corazon; su presencia sola es bastante á desvanecer las penas que devoran mi alma: ¡hay tanta magia en sus miradas! ¡es su sonrisa tan seductora! Sin ella el mundo sería á mis ojos un desierto, y la vida una carga insoportable: ¿pero será fingido su amor?... no, lejos de mi tan injuriosas sospechas; el candor y la inocencia brillan en su semblante, su



acento es el de la verdad; sin embargo, tarda tanto en llegar,.... quizá no se decida á seguirme, ¡es un paso tan aventurado para una jóven abandonar su familia! ¿Pero si me ama, por qué no sacrificarlo todo á su pasión? ¡insensato! la hija de un conde amar á Padilla; al que desobedeciendo á su soberano se va á colocar al frente de una revolución; ¡la hija de Tendilla abandonar su posición brillante para unir su suerte á un hombre que quizá perecerá en un patíbulo!... No, ella no puede amarme, yo he sido vilmente engañado; pues bien, perjura, goza de tus riquezas al lado de algun poderoso cortesano, y olvida al hombre del Pueblo, al infeliz Padilla, que desde esta lúgubre morada te dirige un adios postrero. Detente, exclamó con voz penetrante la hija del conde, oponiéndose á su marcha; sí, pérfido, duda en buenhora de mi amor, insulta la debilidad de una jóven que faltando á su dignidad lo sacrifica todo á su amante, gozate en mi dolor vertiendo en mi pecho la copa de la amargura, pero no pretendas separarte de mí; tu suerte está irrevocablemente unida á la mia; te seguiré á todas partes como los remordimientos al delincuente, y allí en el campo de batalla, cuando el acero homicida se dirija á tu pecho, el mío te servirá de escudo, y si mueres moriremos juntos. Pero ya que has atormentado tan cruelmente mi alma destruyendo sus ilusiones, yo derramaré en la tuya la mas amarga desesperacion; haré que una sombra funesta te siga por doquiera.... que un roedor continuo consuma tu existencia, y saciando mi furor en tu prolongada agonía quedaré vengada. Estremécete al escucharme: anoche, despues de recibir la bendición paternal, me retiré á mi aposento, y agitada por mil contrarias sensaciones, quedé sumergida en un profundo letargo. Bien pronto me figuré trasladada al templo, y que á los pies del altar nos jurábamos un amor eterno; cuando un trueno espantoso retumbó sobre nuestras cabezas, y el sacerdote, pronto á concedernos su bendición, quedó convertido en un gigantesco fantasma, cuyo manto descendiendo en dilatados pliegues que bagaban á merced del uracan, le daba un aspecto pavoroso: poco á poco fue desapareciendo y la iglesia quedó sumida en una inmensa oscuridad, disipada le-



vemente por la siniestra luz de los relámpagos; la sangre se habia helado en mis venas, y un sudor frio bañaba mi frente; aterrada con tan lúgubre espectáculo quise ocultarme en tu seno, pero mi asombro se redobló al ver que habias desaparecido y elevándose en tu lugar un cadahalso: el verdugo con aire brutal blandia su enorme hacha, y se disponia á dividir el cuello de un desgraciado;.... á poco rato se percibió un prolongado gemido, y la cabeza separada del tronco rodó hasta mis pies salpicándolos con su sangre; y esa cabeza, horrorízate al saberlo,.... esa cabeza era la tuya. Piedad, exclamó Padilla, arrojándose desvanecido en los brazos de su amada. Vuelto en sí del enagenamiento, marchemos, la dice, y cualquiera que sea la suerte que me tenga reservada el destino, mi corazon te amará hasta el sepulcro. Marchemos, añadió la hija de Tendilla, y si el Dios de los ejércitos se declara por nuestra noble causa, postrándome á los pies de mi padre, le diré: Ved mi frente sin mancilla, en nada he faltado á la dignidad de mi clase, si arrastrada por mi pasion pude cometer un error, evadiendo vuestra autoridad y disponiendo de mi mano, fue para entregarla á un héroe; miradle cubierto de laureles y escuchad el grito universal de los pueblos que le aclaman su libertador. Padilla la estrecha con delirio, y renovando mil veces el juramento de amarse, desaparecen del panteon.

III.

Los sucesos de España presentaban cada dia un aspecto más deplorable: por todas partes cundia con rapidez estrordinaria el fuego de la insurreccion, y todo anunciaba un sacudimiento espantoso, cuyas consecuencias habian de ser precisamente muy transcendentales. Aumentado prodigiosamente el ejército de los comuneros, y contando con recursos de todas clases que los pueblos se apresuraban á ofrecerle, no vaciló un momento dar principio á la campaña. Una division respetable á las órdenes de Padilla, avanza hasta Segovia,





y cayendo de improviso sobre el cuerpo de tropas que al mando de Ronquillo tenían puesto cerco á esta ciudad le derrota, le pone en vergonzosa fuga y se hace dueño de un inmenso botin. Esta victoria produjo grandes resultados para los vencedores; sin embargo, la ambicion del mando los divide: se trata de elegir un gefe que dirija las tropas, y anteponiendo el interés privado á la utilidad comun, cada uno se inclina al partido en que descubre mas brillante porvenir: las tropas claman por Padilla, la junta teme la popularidad de este jóven y se decide por Giron, hijo del conde de Urueña. Entretanto los regentes habian reunido en Rioseco un ejército considerable: su caballería compuesta de nobles, inflamados del espíritu guerrero del siglo, estaba á las órdenes del conde de Haro, hijo primogénito del Condestable. Los comuneros ingreídos con sus triunfos anteriores, y confiados en la superioridad numérica de sus fuerzas, se dirigen sobre el enemigo; se entabla un sangriento combate, en el que despues de la mas ostinada resistencia son vencidos: el ejército realista se aprovecha de la victoria, y dirigiéndose á Tordesillas se apodera de la Reina y hace prisioneros varios individuos de la junta. La derrota llena de consternacion á los sublevados, censuran la conducta de Giron, le acusan de traidor y le despojan del mando, que depositan en Padilla. El ardor renace en las tropas, diariamente se alistan nuevos partidarios, y el ejército de los comuneros presenta otra vez un aspecto imponente. Los preparativos se siguen con actividad por ambas partes; los regentes reciben auxilios de hombres y dinero y se disponen á renovar las hostilidades; todo anuncia que una accion sangrienta va á decidir la suerte del Estado.

Efectivamente, ambos ejércitos se avistan el día 23 de Abril de 1521 y llegan á las manos, peleando largo tiempo con ardor y entusiasmo; pero las tropas de los comuneros se encuentran envueltas por la caballería enemiga: el terror se apodera de sus filas y en vano tratan los gefes de contenerlas; la mayor parte de los soldados lleva consigo un rico botin, y teniendo en nada el honor de la victoria siempre que puedan salvarle, arrojan las armas y se ponen en pre-



citada fuga: el desorden y la confusion se aumentan por momentos, el ejército realista lo arrolla todo y queda dueño del campo de batalla. Padilla y otros muchos comuneros pelean todavia con todo el arrojo que presta la desesperacion, y ya que no vencedores quieren morir al menos con honor; pero sus esfuerzos son inútiles, y se ven obligados á ceder quedando prisioneros. Así concluyó esta memorable jornada, que aseguró para siempre la diadema en las sienes de Carlos, hundiendo en un abismo la libertad de Castilla.

#### IV.

**D**ecidme, buen amigo, ¿cuál es la causa de la agitacion en que se encuentra este pueblo?—¿Lo ignorais por ventura? respondió un villano, bajando su sombrero hasta los pies y echando una mirada de asombro sobre el desconocido, que á su parecer le hacia pregunta tan extraordinaria: extraño por mi vida no haya llegado á vuestros oidos la sangrienta batalla de Villalar.—¿Y cuándo aconteció esa jornada, preguntó el extranjero con aire distraido?—No ha muchas horas, contestó el sencillo aldeano, manifestando en su semblante los deseos que tenia de referirla.—Pues de ese modo estimaria que os tomáseis la molestia de enunciarle sus pormenores.—Con mucho gusto.—El campesino refirió con toda la turbacion y encogimiento propia á un hombre de su clase los detalles del encuentro habido el dia anterior, y cuando despues de largos rodeos y de haber casi desecho su sombrero, daba fin al discurso, le interrumpió el extranjero para preguntarle, si los gefes comuneros habian sido indultados, y si sabia qué personas acompañaban á Padilla.—En cuanto á indulto, respondió el castellano, no ha sido posible conseguirle; los regentes permanecen inhexorables, y esta mañana se ejecuta la sentencia. ¡Desgraciados! exclamó conmovido el extranjero, enjugando sus lágrimas. Por lo demas, continuó aquel, he oido hablar de un jóven que seguia á todas partes á Padilla, y que despues se ha descubierto ser una señorita,



que según la voz general del pueblo pasa por hija del conde de Tendilla: en todos los encuentros dicen que se ha batido con denuedo, pero ayer, sobre todo, hizo prodigios de valor; mil veces salvó la vida á su amante (que por tal se reputa á Padilla), y cuando concluida la accion supo la suerte que le aguardaba, se arrojó á los pies de los regentes implorando el indulto, pero nada pudo conseguir, y desde entonces permanece en un continuo delirio.—Suspended, dijo el extranjero, ocultando su turbacion, y conducidme á la habitacion de esa desgraciada; el aldeano obedeció, y colocándose á su lado se confundieron bien pronto entre la muchedumbre que inundaba las calles.

En medio de la plaza se habia elevado el patíbulo, donde los desgraciados Padilla, Bravo y Maldonado debian espiar su delito: un gentío inmenso ocupa las avenidas, y el verdugo aguarda con impaciencia las víctimas que ha de inmolar su ensangrentada cuchilla. ¡Qué contraste tan admirable presenta este suceso á los ojos del observador! Los que el dia anterior contaban un séquito numeroso, los que á no serles contrario el destino hubieran triunfado de sus contrarios, y dando al pueblo sus fueros se habrian adquirido una gloria inmortal, llegan hoy solos al suplicio y doblan su altiva frente ante un grosero sayon;... ¡y ese mismo pueblo, por cuya causa se han sacrificado, va á contemplar impasible su muerte sin oponerse á la ejecucion, ni aun verter una lágrima sobre su tumba!...

La hora fatal sonó, y á corto rato llegan al patíbulo los reos entre dos filas de soldados: su frente, empero, está serena, su mirada es magestuosa; si la sociedad, abusando de sus derechos, confunde su muerte con la del criminal, hay sin embargo entre las dos una enorme distancia: pura la conciencia de aquellos como el aliento de una Virgen, ningún sobresalto la agita; devorado el pecho de éste por los mas crueles remordimientos, baja al sepulcro maldiciendo su existencia, y su nombre se pierde para siempre entre el inundo polvo de su cadáver. El ejecutor leyó la sentencia, y concluida se dispone á cumplir su repugnante mision: el desgraciado Padilla acaba de espirar,.... sus labios al cerrarse



para siempre han pronunciado el nombre de su amada, su cabeza palpitante aun rueda por las tablas,.... cuando un rumor prolongado se percibe en todos los ángulos de la plaza: una jóven vestida de negro y hermosa como la sonrisa del amor se dirige apresuradamente al suplicio, seguida de un anciano, que en vano quiere contenerla con sus débiles fuerzas; el viento ha descompuesto su manto y deja ver un seno de alabastro, cuyas palpitaciones pueden contarse; sus cabellos vagan sin orden, y en sus pálidas mejillas está dibujado el dolor. ¿Dónde está? pregunta con acento estúpido, y dirigiendo á todas partes sus ojos desencajados. Nadie contesta; el berdugo fija sus miradas profanas en el seno de la virgen, y contempla sus gracias con risa infernal. Llevadme á su preséncia, necesito verle, estrecharle en mis brazos, y decirle mil veces que le adoro;.... ¡cruels, si supierais amar, no seriais insensibles á mi dolor! ¿le pondreis en libertad, no es cierto?..... abandonaremos estos lugares, y aunque sea en un desierto seremos felices viviendo el uno para el otro;.... ¿qué, deseais riquezas? disponed de las mias, yo no ambiciono mas tesoro que su corazon,.... pero si me habeis de negar el único bien que anhelo sobre la tierra, sumergid mil veces un puñal en mi pecho,.... no temais, yo os bendeciré desde la morada de los justos. Su mirada, errante hasta entonces, se fijó sobre la cabeza de su amante, y exhalando un agudo gemido, cayó sobre el sangriento cadáver. La desgraciada habia dejado de existir; una pasion ardiente unió sus almas en el mundo,.... un lazo indisoluble las unia en la eternidad. El anciano, que superior á su quebranto habia presenciado tan dolorosa escena, cediendo á su violencia, exclamó con acento angustiado, ¡hija mia!... no pudo continuar, los sollozos embargan su voz, y los soldados le arrancan, á su pesar, de aquel terrible espectáculo. Era el conde de Tendilla.=E. VIVES.

---